

Miscelánea

María Diego



Capítulo 1

(Entradas de Blog)

MISCELÁNEA

14 de Febrero de 2022

De repente son los 20 y dicen que algo pasa en Haití. Yo no sé mucho de eso pero sé que estoy sintiendo muchas cosas. Buenas, malas, regulares. No dejo de leer. Joder, me paso las horas leyendo, escribiendo, leyendo, escribiendo. No sé en qué mundo vivo, soy ajena a la realidad que me dice: «oye, ¿estás?». No, no estoy. O sí, estoy, pero lejos. Estoy ausente, insegura, involucrada en un tiempo que no es el mío. Pero el tiempo es un péndulo, me lo ha recordado Reed al final del libro. Siempre vuelve, siempre volvemos. ¿Te suena? Por eso yo ahora estoy fuera, en otro espacio. Estoy intentando entender otras historias, saber cómo fueron unas vidas que poco tienen que ver con la mía. Unas canciones que aún resuenan. Duke Ellington, Louis Armstrong, Bessie Smith y otros tantos que regalaron su talento a la discográfica Okeh. Unas teclas que muchos hoy todavía tocan. Unas notas que llegan, sacuden, remueven y revientan todo por dentro. Me siento distinta, igual que se sintieron ellos. He viajado entre el punto de conexión que crea una revolución y el legado que deja la misma. Estoy ahí dentro, en ese huracán. Un punto de inflexión para ellos, otro para mí.

Mi vida se ha llenado de jazz y blues. De lo icónico, lo simbólico, lo esencial. De lo que va por dentro, de lo que no se puede explicar. Únicamente se siente y ya. Como todo lo que a mí me gusta (porque a mí me gusta mucho sentir y sentirlo todo). Mi jefa me repite a menudo lo sensible que soy. Todos en mi familia le darían la razón. Y sí, lo soy. Por eso me gustan las historias que me tocan, ya sea con uñas o a caricias. Algunas duelen como un puñetazo en el estómago, otras me abrazan. A todas ellas les doy las gracias. Soy distinta. Joder, hoy en día soy distinta por todos estos relatos que me han hecho compañía durante estos meses. Todo en mi vida huele a música. Mi vida ríe en jazz y llora en blues. Yo lo hago igual. Bailo delante del espejo, me dejo llevar. Será que llevo el Jes Grew dentro, que yo nunca lo quise esquivar. Que ha derrapado con ganas frente a mí y yo le he abierto mi casa de par en par. «Estoy aquí, entra». Y ha entrado de golpe, sin ningún reparo. Me ha abierto los ojos y me ha indicado el camino. Con mis dedos recorro los surcos de las notas que vuelan en el aire, invisibles pero constantes, derrapando por mi cintura. Y ellos cantan al unísono y yo siento por fin que todo está bien, y también que va a seguir bien.

Hay que tener una sensibilidad muy especial para ser artista en esta vida, y aún más en esta época. La gente ya no hace tiempo para el arte y el

consumo rápido lo invade todo. Por eso estos meses en verdad me han venido muy bien. A pesar de estar agotada, me estaba dedicando al arte y todas las noches me iba a dormir contenta. Me iba a dormir llena. Tengo el alma llena. Me gotea tinta por los extremos, le encuentro un propósito a la vida y todo cobra sentido. Nunca he sido capaz de encontrar ese sentimiento fuera del arte y de las humanidades (probablemente porque no lo halla) y ahora que he vuelto a ello, vuelvo a ser yo, me siento completa. Las palabras van al compás de notas que acarician cada parte de mis días. Qué suavidad. Ojalá vengas tú a tocarlas. A tocarme.

Mi vida es otra desde hace varios años pero el último ha sido una metamorfosis especial. El suelo de mi habitación está lleno de libros, la música siempre está puesta y el olor a incienso ameniza el ambiente. Ayer era otra, pero hoy también. Ahora soy el ritmo, la canción, el baile y todo lo que se lee entre líneas. Soy la voz, la escritura, la tinta y todo lo que pienso cuando me libero. Soy entera y a veces a medias. Soy yo y a veces soy otras. Espero que me encuentres todas las veces. Ojalá me sepas ver. Ojalá me entiendas. Ojalá dejes que este ritmo también te llegue dentro, que el calambre roce tus dedos y te dirija hacia aquí.

Son los 20 de nuevo. Intento vivir acorde a ello. Tengo un alma vieja y no tengo ninguna intención en volverla joven. Me gusta así, llena de historias. Me gustas así, con historias que contar. Odio a la gente vacía. Por eso he amado mi trabajo estos meses: porque jamás leí nada que estuviera vacío. Porque todo lo que escuché llevaba una historia detrás. Yo tengo varias más. Hoy empieza una.

Capítulo 2

30 de Agosto de 2022

No me gusta reconocer que de vez en cuando -o bastante más a menudo que eso- necesito que alguien me recuerde quién soy. O qué. O lo mucho que valgo. Porque con bastante frecuencia me suelo ahogar entre las dudas de lo que una vez quise ser y lo que todavía no soy. Pero a veces tengo que ser yo.

Escribir duele. Escribir duele porque es una tarea honesta. Incluso cuando se trata de ficción, la verdad innata del lenguaje se cuelga entre los renglones.

Cuando empecé este blog (que no ha sido el primero y quizá no sea el último), no tenía en mente una idea clara de lo que quería compartir. Simplemente necesitaba expresar mi verdad (y mi ficción). Desahogarme, neutralizar mis emociones y respirar.

Escribir duele porque es una tarea honesta, pero sana precisamente por lo mismo. A veces soy demasiado cauta con las cosas que expongo por aquí (porque es difícil olvidarse de que hay gente que lo lee – aunque sean pocas – o de que cualquier persona podría leerlo), pero os juro que en todas estas letras hay verdad. La verdad de ser y de querer seguir siendo. En una de sus novelas, la protagonista de Laura Ferrero recibe un regalo de su madre, una libreta, a la que la madre había llamado «la libreta de la verdad». La protagonista, que también se llama Laura, recordaba cómo su madre «me aconsejó que hiciera el esfuerzo de poner ahí lo que verdaderamente pensaba, y así lo hice». Así quiero hacerlo yo. Sin miedo.

Éstas son algunas cosas de las que pienso.

Este agosto volví a España. No sé si «volver» es el verbo indicado. ¿Se va realmente alguien de un sitio del que nació? ¿Vuelve realmente alguien que una vez se fue y tanto ha vivido en otro sitio? El único factor sorpresa ha sido Santander, que me ha conquistado el corazón y me recibió con mucho sol, buena comida, un mar azulísimo y gente buena. Hubo un amanecer precioso, islas escondidas, la música de Rulo (que hizo que me dejase la voz porque la siento muy adentro) y el café más rico del mundo (el que se toma después de la playa en una terraza al lado de la costa). El factor constante ha sido la charra. Salamanca estaba preciosa. Vacía, que es cuando más llena la veo yo. Tranquila y en paz, justo lo que me transmitió. La cuna de mis letras y de mi futuro.

Pero también está el pueblo. El factor mixto. Volver al pueblo no es tan fácil como ir a desconectar a Santander o a reconectar con mi Salamanca.

Volver al pueblo es algo muy extraño, cada vez más. El pueblo (que tiene nombre aunque yo me refiera a él así) y yo tenemos una relación muy complicada. Es la mezcla de la nostalgia que te produce esa mancha de café en tu libro favorito y la de una tormenta de verano que lo remueve todo a la vez. No es necesariamente malo, pero no es del todo bueno. Me ha servido para recordar algunas cosas y reafirmarme en muchas otras. Una de ellas está relacionada con algo que leí hace poco con lo que me sentí muy identificada: mi vida, aunque a veces se me olvide, está en Londres. Mi vida ahora sucede allí. Y lo mágico de esto: aunque a veces la nostalgia apriete, me gusta mucho que así sea.

Es muy extraña la vida de un migrante. Yo soy mi propia isla y me muevo con mi pasado y mi futuro y mi presente y mis errores y mis aciertos, todo a la vez. Y al volver a mi origen, hay cosas que han cambiado mucho y otras que siguen exactamente igual.

Hay algo que dijo Gloria Anzaldúa muy acertado y que lo siento como si yo misma lo hubiese escrito:

"Hay una rebelde en mí -la Bestia Sombra-. Es una parte de mí que se niega a obedecer las órdenes de autoridad externas. Se niega a obedecer a mi voluntad consciente, amenaza la soberanía de mi gobierno. Es esa parte de mí que odia las restricciones de cualquier tipo, incluso las autoimpuestas. A la primera señal de limitaciones sobre mi tiempo o mi espacio por parte de otras personas, suelta una coz con los dos pies. Sale a escape."

Yo creo que me fui de España por todas las limitaciones que encontraba en el camino y esa bestia que yo siento que también llevo dentro. Ser migrante es un movimiento que nace ante todo de la rebeldía de uno mismo. Gloria era reconocida como la otra, la rebelde, la mestiza. Ella lo llamaba «tiranía cultural» y la practico cada vez que me muevo entre un lugar y otro. «Gané mi camino y me largué.» Sin mirar atrás. Sin miedo.

Hay muchas cosas de las que habla Anzaldúa que me encantaría poder despiezar pasito a pasito. Fue una chicana que se impuso a su cultura, su tribu y sus raíces -como yo-, pero siempre lo llevó todo dentro, a sus espaldas -como yo-. Seguramente regrese a ella más adelante.

Para terminar, a veces se me olvida que tengo un plan -que siempre fue el inicial- y que sigue ahí, aunque dormido, y de repente la chispa despierta y... ¡Boom! Londres, dámelo.

Capítulo 3

25 de Septiembre de 2022

Hace dos semanas fui al sudeste de Londres a un evento de poesía. De camino al bar donde el show se realizaba, pasé por la fundación en la que se había alojado el impresionista francés Camille Pissarro. A veces se me olvida que vivo en una ciudad que siempre ha estado llena de artistas, pero es, sin duda, una de las cosas que más me gustan de Londres. Poder escuchar poesía a cualquier hora, cualquier día, debe ser otra.

Aquel jueves por la noche, Reggie y yo decidimos abrir los oídos y disfrutar de muchos versos con el corazón en la mano. Al llegar a casa por la noche, escribí algo en Facebook que lo resume bastante bien:

«Todos los días le doy las gracias a la vida por dejarme disfrutar de Londres, pero en días como hoy, un poquito más.

La poesía ha sido honesta, real y desgarradora. El barrio fresco y distinto. Y la compañía, sin duda, lo mejor.

No todos los días conoces a alguien como a este Bob Marley reencarnado al que yo me crucé hace 2 años ya. No tengo palabras para describir a este ángel de la guarda que siempre me ha demostrado una honestidad, humildad y protección absolutas. Una sabiduría que lo hace enorme y un amor por el presente que lo hace infinito. Compartir esta noche con él ha sido un regalo que no doy por sentado.»

Lo escribí nada más llegar y tumbarme en la cama porque no podía esperar. Las palabras me vienen así: con ganas y sin paciencia. Suele pasar cuando tienes muchas cosas que decir. Pienso en la suerte que tengo de conocer a gente como Reggie. Pienso en todas las cosas que he aprendido gracias a él, en las que me sigue enseñando, en todas esas cosas que jamás hubiera visto y escuchado si no hubiera cruzado el charco.

Esta semana he estado leyendo *Reír Es La Única Salida* (entre otros, porque yo siempre leo más de un libro a la vez. Y más de dos y tres.). *Reír...* es un libro de Andreu Buenafuente, gran comunicador y cómico de España, compartido a modo de diario personal donde Andreu nos recuerda varios programas de su Late Motiv con anécdotas más personales sobre su vida. Quería mencionarlo porque me gusta la gente que escribe diarios y desparrama su alma y sus desorganizados pensamientos en papel. Yo estoy intentando escribir más en el mío. Creo que mi futuro yo me lo agradecerá mucho. Ojalá la gente recuperase este hábito. A diferencia de Andreu, yo jamás sería capaz de compartirlo con el mundo, pero para las cosas que sí, tengo este blog. Andreu es muy elegante con su palabra.

Directo, honesto y elocuente. Me gusta mucho oírlo hablar, ya sea entre risas o entrevistando, y sentí la necesidad de leerlo. Es muy elegante al escribir. Me parece muy valiente por su parte y es un regalo para todos los que hayan sido amantes del Late (un programa que terminó este año y que yo echo bastante de menos).

Estoy sintiendo muchas cosas y no sé cómo separar unas de otras. De esto también he hablado en mi diario. Tengo miedo de sentirlas en los momentos equivocados, de dejarlos salir en los lugares en los que no debo. Pero mis pies no están en el suelo e intento disfrutar precisamente eso: sigo volando, siento mucho y todo lo demás, ya se verá.

Otra persona que sentía mucho era Alejandra Pizarnik. Hoy, 25 de Septiembre, se cumplen 50 años desde que decidió despedirse del mundo. Fíjate si sentía. Los sentimientos la mataron, lo creo así. Ha escrito algunas de las cosas más desgarradoras que he leído. Por ejemplo, a colación de un domingo como el de hoy:

«Los lúgubres domingos —lúgubre ya no es un adjetivo de domingo en mi caso: es un epíteto inseparable—, los lúgubres domingos me caen ahora como frutos podridos: asociados para siempre a la soledad. Nunca tuve con quién salir, con quién ir al cine, con quién ir a pasear. Y cuando conseguía alguna chica o algún muchacho mi deseo de inspirarle interés por salir conmigo, el domingo siguiente provocaba un clima de tensión y tristeza.»

Mi corazón hecho trizas. Qué irónica la belleza de esta mujer. Embriagadora, tanto ella como su poesía. Alejandra siempre duele porque a ella le dolía la vida y leerla es sumirse en esos agujeros negros en los que ella transitó, pero como dice Cristina Piña, «el castellano no es lo mismo después de Pizarnik», así que leedla. Os hará llorar, os hará sentir. Mucho de ambas. Os trasladará a sus noches, que eran de todo menos bonitas:

«¿Cómo no me extraigo las venas y hago con ellas una escala para huir al otro lado de la noche?»

Huyó. Avisó con tiempo y terminó huyendo, un día como hoy hace 50 años, cuando ella tan sólo tenía 36. Vivió muchas vidas en un corto plazo de tiempo. Hoy pienso en ella. Hoy siento tanto como ella, pero yo no quiero huir, así que voy a hacer lo que a ella mejor se le daba (mucho mejor que huir): escribir.

«Toda lo noche escribo para buscar a quien me busca. Palabra por palabra yo escribo la noche.»

Gracias por todas tus palabras, Alejandra. Me entendiste sin saberlo. De esto también hablo en mi diario. Voy a intentar darle sentido a todo.

Capítulo 4

21 de Noviembre de 2022

Son las 6 de la tarde en Londres y ya es de noche por completo. Oficialmente es otoño. Estas últimas semanas en concreto lo he sentido especialmente. Es por ese deseo de renovarse, de dejar ir, de tener un hobby nuevo, de romper con algo que te rompe, de renacer, de deshinibirse, de darse luz a uno mismo. Una vez que mueres, aprendes realmente a vivir.

A veces siento que me repito con las metamorfosis pero, ¿está mal tener más de una en una vida? ¿Acaso no es bueno (y recomendable) retransformarse de manera continua y recurrente? A mí me fascina esa idea. Un constante cambio, la inevitabilidad del comenzar a ser, la certeza de que nunca jamás habrá nada demasiado certero, la tranquilidad que ofrece la eterna posibilidad de una transición.

El tiempo está igual de loco que siempre. Londres no conoce la estabilidad (quizá por eso nos entendamos tan bien). Mi vida es un reflejo de esto mismo. Mi vida es un reflejo de Londres y su tiempo y su gente, de ese revoltijo del todo y la nada que se convierte en concepto. A ratos me encuentro soleada y al momento provoco un terremoto en mi habitación. Me llueve mucho por dentro y me encuentro en los ojos de todos pero no me entiendo en los de nadie. Últimamente no he dejado de moverme, ni por dentro ni por fuera. A veces siento que vivo fuera de mí, a veces me veo vivir.

Hace poco escuché a hablar a Momtaza Mehri y Caleb Azumah Nelson porque tuve la gran suerte de poder asistir a un festival de literatura. Hablaron de escribir, pero también de ser escritores. Hablaron de esconderse (o refugiarse) y de saber cómo revelarse (y rebelarse también). Siento que yo me escondo en la escritura de la misma forma en la que me abro. A la vez que me refugio en ella, es ésto todo lo que soy y es aquí donde me descubro, donde me dejo ver. Ver de verdad. Un tema muy recurrente en la novela de Caleb es el deseo a ser visto, no mirado. Y como apuntillaba Momtaza, lo mismo sucede con escuchar y oír. Yo quiero añadir que, en esta vida y en las que estén por venir, deseo que ojalá me entiendan, además de leerme. Por dentro, por fuera, de manera literal y figurada.

Soy muy mala pidiendo ayuda. No me gusta nada necesitarla. Pero tengo música en mis oídos y todo va a estar bien, como lo estuvo aquella vez. Y la anterior. Tengo a Selena reconociendo a voces cosas que yo jamás habría podido susurrar. Eso me da fuerzas. Tengo a Nanpa diciendo que desde ahora nos subimos al 100 y recirculamos (y a los argentinos es fácil creerlos). Tengo a Drake y 21 Savage sacando un disco en conjunto para

que todas las mañanas me levante con la actitud que nunca he de perder (la que quizá haya perdido estos días). Tengo el vinilo de Lucky recordándome la noche tan especial que vivimos hace un mes y a Blxst en el pinganillo diciéndome que ahora es su turno. Hay una sorpresa esperándome en cada esquina. La vulnerabilidad hizo que Tory sacase su mejor música.

Soy muy mala pidiendo ayuda. No me gusta nada necesitarla. Pero tengo a la cultura de México haciendo algo bello de lo más feo del mundo, a los rincones de la cultura hindú que nos abrió sus puertas sin esperar nada a cambio y a Monet pintando Londres con los colores otoñales de sus cuadros. Tengo a Plath para decirme que no estoy sola en la oscuridad del ser y a Allerton para hacerme saber que alguien me entiende a la perfección. Sobre Londres, los amigos, el trabajo y el amor. Incluso cuando a mí se me ha olvidado entenderme a mí misma. Y me refugio en la poesía de Espaillet, Angelou y varios Beats, y sé que todo va a estar bien, como lo estuvo aquella vez. Y la anterior.

Algo que siempre ayuda y que no se pide: un baño caliente, en honor a Esther Greenwood, para que poco a poco todo se cure. Como daba a entender ella: la tristeza, los nervios y la eterna espera que se desespera por amor. Hay que meditar en el baño. Es más fácil hacerlo en la ducha porque tu cerebro ha de centralizar todas tus terminaciones nerviosas en un agua tan caliente que hace que todo lo de fuera duela menos; hace que todo lo de fuera, por unos segundos, deje de existir y deje de importar.

Lo que no sé si ayuda pero nunca falla: café, papel y tinta. Me refugio en el arte, toda mi ambición dirigida en la misma dirección. Café, papel y tinta. Cambiamos el entorno, florecemos en las condiciones apropiadas. Café, papel y tinta. Siempre sucede algo mágico por Navidad. Y, como diría Lorelai Gilmore, huele a nieve. Dejemos que nieve.

Capítulo 5

30 de diciembre de 2022

Cuatro números, pero menudo viajecito. A ver cómo resumo todo lo que ha pasado este año, a ver cómo explico todo lo que llevo dentro a final del mismo. Si no soy capaz de hacer esto, no sé hacer nada.

Terminé mi Máster y publicaron mi tesis. Me ascendieron en el trabajo y también me ofrecieron fuera de él oportunidades preciosas (era la vida asegurándose de que no cerrase ninguna puerta, hay mucho mundo ahí afuera, ésto no se me olvida porque yo siempre quiero más). Volví a disfrutar de la música en directo; a lo grande y en pequeño, en Inglaterra y en España, sola y acompañada. Volví a disfrutar de la música en directo: lo repito porque han sido noches que me han dado una vida entera. Asestí al evento de una de mis escritoras favoritas y a un festival de escritores. Ambos días me inspiraron muchísimo. Tengo muchas intenciones de seguir participando en cosas así. También disfruté de grandes musicales, del carnaval de Notting Hill y del Orgullo, volví a ver mi película favorita en el cine (un montón de veces) y de nuevo sentí que la vida merece la pena por esas pequeñas cosas.

También he volado un poquito (Covid me lo permitió). Cambié mi destino usual por Santander y fue lo mejor que pude hacer. Hubo más música, varios mojitos, unas arepas, muchas tortillas (nunca demasiadas) y el amanecer más bonito del mundo. Todo ello en la mejor compañía. Viajé a Santander con una mochila cargada de cosas que dolían, la vacié allí y volví a Londres sintiéndome completamente ligera. Me puse morena y me salieron pecas (echo de menos tener constelaciones en mi cara). Soy el Universo en forma humana. El agua sigue siendo mi elemento por mucho tiempo que pase en Londres. Por eso sigue siendo lo que más echo de menos cada vez que estoy allí; por eso sigo queriendo escapar. A pesar del arte, a pesar de las posibilidades - a veces todo lo que necesito es estar en contacto con el mar. En 2023 tiene que haber mucho más.

Salamanca me devolvió cosas que creí haber olvidado. Hay un centro de energía dentro de mí, una llama que siempre estuvo dentro y que se aviva cada vez que recuerdo el camino que elegí. No suelo ser indecisa, siempre lo supe. Fue muy bonito pasear por sus calles este verano. El pueblo fue el de siempre pero sorprendentemente distinto. Me enseñó una última lección y la he aprendido del todo. La vida es demasiado corta como para

desperdiciar mi energía donde no debo ni acercarla. Me centro en los que siempre estuvieron y en la naturaleza, que da sin que se lo pidas. Con todo, me hice una promesa a mí misma cuando terminó agosto y espero cumplirla el próximo verano.

Algo en lo que siempre fallo un poco durante el año: el yoga. Siempre a medias. No me gustan las cosas así. He adorado el nuevo estudio, la gente y las clases. Las lecciones sobre las asanas y también sobre la vida. **No quiero dejar de bailar al ritmo de mi respiración.** No más excusas: sienta súper bien estar alineada (por dentro y por fuera).

Como todos los años, pero este quizá de manera más intensa que nunca, he querido mucho y también me he sentido muy querida. He llorado, he reído, he amado y he odiado muchas cosas en muchos momentos también. Lo he sentido todo y de todas las maneras posibles. Hace poco lo hablaba con alguien: es una bendición y una maldición al mismo tiempo pero, incluso en los picos malos, prefiero sentirlo todo que no sentir nada. La vida me compensa por ello cuando estás arriba (¡y de qué manera!).

Diciembre ha sido un cierre de año muy raro. Ha pasado de todo en tan poco tiempo (parece un año condensado en un sólo mes). No quiero hablar de la Navidad, ni de la familia. No quiero hablar de las cosas de las que todo el mundo habla. Mi diciembre ha sido de libro. Londres ha sido una locura (¿alguna vez deja de serlo?). Despedidas amargas, muchos besos y algún que otro drama. Fortaleza inesperada, una cama que volvió a calentarse y aquella última fiesta. Salamanca, siempre con alguna sorpresa bajo la manga. Ha sido bastante concreta. He dado tumbos por sus calles a deshoras y cuando toda la ciudad ya dormía. Hacía muchos años que no lo hacía. Lo echaba de menos. Creo que mi fantasma sigue por ahí, en alguna acera, creyendo que el tiempo no corre. Ha habido mucho alcohol, un café y dos gatas de testigo. Mucho queso (nunca es demasiado), varias confesiones y la reafirmación de cosas que ya sabía. A veces me arrepiento de cosas de las que no me arrepiento. Probablemente sólo yo entienda esa afirmación pero está bien escrita, lo prometo. **Aún así: no vale de nada porque lo que vale mucho es vivir del todo. Hay cosas que nunca cambian. Hay cosas que no regresan. Hay otras que mejoran.**

Ahora que estoy de vuelta en casa, en unos días de desconexión absoluta, me paro a reflexionar y me siento aislada del planeta. No sé explicarlo mejor. La disociación se vuelve a apoderar de mí (me pasa a menudo). Pero es el primer diciembre que me encuentro taaaaaan suspendida en el

espacio y en el tiempo. No sé cómo manejarlo. Pero supongo que es porque no he de manejarlo de ninguna forma. Tengo que dejar que el tiempo pase (y así sucederá).

Estoy aquí y ya quiero escapar. No estoy de vuelta pero ya quiero escapar. Estoy pensando en Febrero. No queda mucho, creo que debería darme prisa. También estoy escribiendo mucho, quiero seguir haciéndolo. Hay una metáfora dentro de mí queriendo salir. Ojalá en 2023 se desarrolle. Hasta aquí puedo leer(os).

Capítulo 6

13 de Abril de 2023

No sé muy bien qué está pasando últimamente. Estoy sintiendo tantas cosas a la vez que no sé ni dónde me encuentro. Vale, eso no es nuevo. Más bien siempre estoy en una especie de limbo en el que me rodean cincuenta mil cosas a la vez. Siempre fui de letras, nunca despejé la x. Ni la y, ni la z. A mí dame de todo y todo a la vez, y deja que todo arraigue, que crezca, que muera cuando ello quiera.

No sé entenderme de otra manera. Pero creo que la vida a veces se soluciona con un chupito de jengibre. Y con una noche sudando en la pista. Y con escribir varias páginas hasta agotar la vida del bolígrafo que te acompaña desde hace cuatro años. Y con quererte mientras observas el reflejo del espejo. Y con ponerte todos los anillos del joyero a la vez. Y con esa ducha después de un largo día. Y con la compañía de un animal (sea cual sea). Porque muchas veces quiero las cosas enormes – los sueños, los milagros; pero muchas otras sé apreciar las cosas pequeñas – el día a día, los detalles.

Hemos regresado a la literatura de forma profunda y obsesiva. Creo que suelo leer más cuando estoy triste. No lo digo como algo raro, pues seguramente sea bastante común; simplemente expongo mi caso. Nadie está solo cuando lee. Baldwin lo dijo una vez, de esa manera tan sentida y tan lírica en la que él decía las cosas:

You think your pain and your heartbreak are unprecedented in the history of the world, but then you read. It was books that taught me that the things that tormented me most were the very things that connected me with all the people who were alive, who had ever been alive.

La literatura me salvará otra vez.

Le he hecho un nudo a mi garganta y le he echado sal a la razón, como una herida que no cicatriza, porque yo siempre fui de escuchar al corazón, de golpear la coraza de fuera y sacudir el pulmón. Hasta que me llene por dentro, hasta que el alma se enchanse.

A lo largo de mi vida, muchas veces he dicho «no», pero siempre terminaba cruzando la línea. No sé si algo que me gusta o me disgusta de mí y tampoco si he de cambiarlo, pero tengo claro que no hay victoria para el sosegado ni el sensato. Así pues, vamos con todo.

La literatura me salvará otra vez.

He visto a la tinta irse, y correrse, y mi yema se ha deslizado despacio sobre el papel haciendo que la última gota se deslizase poniendo todo perdido mientras yo me arrastraba con ella. No tiene por qué ser algo malo. De hecho, seguramente sea todo lo contrario. Porque yo también me voy, me corro, me deslizo. Me dejo llevar por ella. Lo que la literatura me diga, escucho.

Hay un documento nuevo (lleva un par de meses en proceso) y espero terminarlo antes de que termine este año. Bastante antes. Y como dijo ella (cuando la conozcáis, lo entenderéis): hasta aquí puedo leer.

Capítulo 7

16 de agosto de 2023

Si me preguntas te diría que sí. Que voy escuchando Lean On Me mientras dejo atrás Madrid y el viaje ya me parece más amargo porque sé que tú no me esperas al otro lado. Y sí, me apetecería que Billy Joel me cantase Vienna al oído sabiendo que voy de camino a verte. Pero no es el caso. Suena Sabina después, como si el destino quisiera decirme algo. Tan Joven, como te crees tú que somos, y Tan Viejo, como lo pienso yo. Podría volver a mencionar mis crisis existenciales una vez más pero me ceñiré a aludir lo que tú me dirías: que eres tan joven como te crees, que el tiempo es una ilusión, que aún puedo (podemos) hacer lo que queremos y que, ante todo, somos libres. En el fondo sé que tienes razón. Que no hemos hecho más que empezar, que aún tenemos muchas cosas pendientes por hacer, que todos esos sueños siguen esperando porque aún hay tiempo. Aún hay tiempo, me repito. Somos tan jóvenes como queramos ser y tan viejos como nos hagan sentir. Tú eres consciente todo el tiempo, yo consigo recordarlo a veces.

Ya no sé reconocer los cambios que le suceden a Salamanca entre vuelta y vuelta y, sin embargo, identifico cualquier cambio de la T4 de Barajas al momento. No sé si aquellos edificios estaban ahí, ni de qué color eran esos otros. No sé si han construido un nuevo hospital, una residencia o si han arreglado alguna carretera. Apenas me sé el nombre de cuatro calles, sólo sé asociar ciertos rincones a momentos repetidos y tan sólo me reconozco en casa cuando paseo por Anaya (el lugar del que salen todas mis raíces). Sin embargo, sé encontrar rápidamente los baños más cercanos de la T4 según por dónde entres, sé qué asientos son más cómodos para esperas largas, dónde hay enchufes no tan obvios y qué áreas debes evitar para no cruzarte con vagabundos y malos olores. Las terminales son algo vivo que se sucede en el tiempo como un continuo. Salamanca se quedó a vivir en mi memoria cuando yo me fui y ahora apenas es un recuerdo que abro cuando vuelvo, como si la ciudad no hubiese seguido viviendo, como si yo fuese la misma que una vez se fue. Pasé 4 años en la ciudad y son pocas las reminiscencias que recuerdo. Quizá es algo que debería preocuparme pero lo que más me preocupa es el paso del tiempo (y lo que hago con él).

Le comentaba a una amiga el otro día que para mí volver al pueblo es un retiro espiritual: me reencuentro con la naturaleza, vuelvo a un ritmo de vida lento y pongo mis ideas en orden. Los veintisiete me han aportado mucha lucidez, y eso que los temía. Por alguna extraña razón, he sentido un cambio en mí más grande que los últimos años anteriores. Me siento cerca de muchas cosas y lejos de otras. Es decir, que me siento un poco estancada, anclada en la comodidad de lo que ya conozco y de lo que no cambia. Un buen amigo hace poco me recordó que quizá la respuesta a la

pregunta de «¿dónde te ves en cinco años?» ya había caducado para mí. Porque hace cinco años, dije exactamente que me vería donde me veo hoy en día (algo por lo que estoy tremendamente agradecida). Pero ya he cumplido esta etapa y justo con los veintisiete tiene que empezar otra porque, siendo sincera, dentro de otros cinco años, no me veo en el mismo punto. No quiero verme en esta misma casilla. Tengo otros planes, más metas, distintos sueños y, lo que es mejor, quiero cumplirlos todo. Quiero que esta nueva respuesta a esa pregunta también se cumpla. Así que esta vez, me pasée por Anaya con mis veintisiete ya en puro momento efervescente y le susurré algo a esas paredes que tanto me vieron sufrir y crecer. Empieza el plan. Este año será algo nuevo. Dentro de cinco años, seré otra. Supongo que lo contaré por aquí.